## 20) El elemento del fin de los imperativos sociales

## 1) La moda (\*)

Nuestras investigaciones lingüsíticas nos han dado por resultado cuatro especies de imperativos sociales, es decir de normas que prescribe la sociedad a sus miembros, la moda, la costumbre, la moral, el derecho. Cómo y por qué medio impone la sociedad el acatamiento de las mismas, no tiene para nosotros en esta conexión ningún interés; aquí nos preocupa sólo el fin que tiene en vista en la exposición de las mismas, y tenemos que distinguir si existe realmente un fin social que deba ser alcanzado de ese modo, y luego: si el mismo es característico en las cuatro especies, si el lenguaje ha estado en su derecho cuando las ha separado unas de otras; nuestra investigación adquiere así el carácter de una crítica del lenguaje.

Cuando admitimos la moda en el círculo de nuestra investigación, no ocurre por causa de la importancia positiva que puede reclamar para la vida social — llegaremos al resultado que no le corresponde en todas partes un valor social — sino por causa del interés negativo para distinguirla de la costumbre y delimitar agudamente la esfera de la última, que se introduce en el medio entre la moda y la moral, tanto hacia la última como también hacia aquella.

La moda coincide con la costumbre en el hecho que ejerce un poder obligatorio para aquellos círculos para los cuales en general entre en consideración, no se le puede pues adscribir a la costumbre. Si alguien quiere observar el modo generalmente difundido en una región

<sup>(\*)</sup> Contra la opinión desarrollada en lo que sigue, se han hechodiversas objeciones, por ejemplo por J. von Falke en el Gegenwart (Berlín, 1882, n. 44, 48), Franz Fröhlich, Die Mode im alten Rom. Basel, Schweighäuser, 1888 (conferencias pronunciadas en Suiza, editadas por Bruno Schwabe, vol. 8, cuaderno 1), que no me ha alcanzado, pues no ataca el punto decisivo de mi manera de ver; una defensa del mismo en este lugar está excluída.

de la institución casera y de la vida doméstica, es asuuto que queda enteramente a su preferencia individual; el juicio público no toma en cuenta una desviación de esa modalidad, respeta dentro de la casa la libertad individual, designando esas cosas como asuntos de gusto, sobre el cual no se debe juzgar (de gustibus non est disputandum). Lo mismo se debería decir, lo mismo se tendría que aplicar también en relación con el modo como alguien se viste (\*); pues ¿quién tiene un interés en ello, mientras no se pasen por alto sólo consideraciones de decencia? Pero como se sabe ocurre lo contrario; también la indumentaria constituye un objeto de las exigencias sociales, y nadie que pertenezca á los círculos para los cuales existe en general la "ley de la moda", puede eludirla sin chocar; la opinión pública le obliga a acatar el tipo eventual que la moda ha ofrecido para el vestido; la moda pertenece, pues, hasta donde alcanza su dominio de validez, a los imperativos sociales.

De la moda hay que distinguir el modo de vestirse. Ambos son de naturaleza obligatoria. Pero el motivo de ambos es del todo distinto: en el modo de vestir es un motivo sano, socialmente justificado, pertenece a la costumbre; en la moda, es un motivo insano, socialmente injustificado, no pertenece a la costumbre en el sentido que desarrollaré más tarde. Con ello depende como segunda diferencia la diversidad de su consistencia: la indumentaria es duradera, la moda transitoria. Y como tercera, que la indumentaria no sólo puede ser prescrita por la costumbre, sino también por la ley (traje oficial, uniforme).

Lo común de ambos consiste en el hecho que imprimen a la persona por el vestido un sello que hace visible exteriormente la categoría de personas a que pertenece,

<sup>(\*)</sup> Me limito aquí en la siguiente investigación al objeto principal de la moda: la indumentaria, aunque la moda, como se sabe, se extiende también a otros objetos. No tiene para mí el menor interés establecer el contorno de la moda, me basta exponer en la esfera principal de la misma el verdadero motivo de ella.

lo mismo que el sello de las monedas el contenido de metal de las mismas. Las diferencias que acentúan la indumentaria, son justificadas; las de la moda, de naturaleza injustificada.

La diferencia más importante que señala la indumentaria es la del sexo. La manifestación del mismo por la diversidad de la indumentaria masculina y femenina pertenece a los fenómenos que se repiten en todas partes, y nos persuadiremos más adelante de que constituye una de las exigencias más ineludibles del orden moral.

Una segunda diferencia que se manifiesta por la indumentaria es la de la posición estatal: el traje oficial de los funcionarios, de los sacerdotes y el uniforme del militar, pero no pertenece a la costumbre, sino a la ley.

Una tercera especie es el traje popular. Su dominio se ha restringido cada vez más en el curso del tiempo, y en los modernos pueblos civilizados ha sido suplantado completamente por la moda en los ambientes superiores. Donde existe todavía, se aparta claramente de la moda, como en los dos casos antes mencionados. En primer término, por su motivo. Tiene por fin la proclamación de la comunidad popular o tribal (\*) y constituye uno de los lazos externos que mantiene en pie dicha comunidad, un vehículo de la continuidad histórica de la vida del pueblo. El perteneciente a una tribu étnica en que existe todavía una indumentaria típica; por el apartamiento de la misma documentaría un desprecio de lo popular, un menosprecio de la modalidad de sus padres, que difícilmente se podría mantener frente a la resistencia de la opinión pública. El segundo elemento que distingue la indumentaria popular de la moda, es su persistencia. Algunos trajes típicos se han mantenido a través de muchos siglos, mientras que las modas sólo cuentan a menudo años; los trajes típicos popu-

<sup>(\*)</sup> Por eso en los romanos estaba en uso el modo popular de vestir: la toga es prohibida a los extranjeros y a los esclavos, e incluso a los desterrados, pues habían cesado de ser ciudadanos romanos y tenían que quitársela inmediatamente.

lares de los montenegrinos, albaneses y otros han sobrevivido a incontables modas de los pueblos civilizados.

En este elemento de la persistencia está el gran predominio que corresponde al modo de vestir típico del pueblo en la relación estética frente a la moda. Aquella tiene tiempo para formar un tipo de indumentaria completamente y para crear algo realmente hermoso y característico, mientras que la moda, por una razón que conoceremos más abajo, destruye siempre rápidamente su propia obra y salta de un extremo al otro, no puede perseguir nunca más allá los eventuales comienzos de lo hermoso, sino que, apenas los toma, los vuelve a abandonar.

Pasemos a la consideración más detallada de la moda. Mientras que la indumentaria nacional es permanente, ambula la moda sin descanso incesantemente para bus-car siempre novedades. Pero no, por ejemplo, aquello que sería más elegante o refinado que lo tenido hasta aquí, sino que lo que le interesa a ella es lo novedoso como tal, no vacila en trocar lo hermoso y distinguido por lo feo y sin gusto y en idear formas del vestido que se hallan en la más aguda contradicción con las líneas fundamentales de la indumentaria prescritas por la naturaleza en razón de la forma del cuerpo humano. Mientras que por lo demás toda cultura se funda en la continuidad del desarrollo, en la afirmación y el cuidado atento y el progreso de lo ya conquistado, la moda se libera ella sola, para saltar de aquí a allá en zigzags desenfrenado, en salvaje torbellino, sacrificando de inmediato toda posición que acaba de ganar y destruyendo de modo suicida su obra apenas creada. Los chinos califican una cierta especie de costumbre, que nosotros podemos reproducir por "corriente del día", como viento (fung) (\*), la designación es como hecha a medida para la moda.

<sup>(\*)</sup> Según una información que debo al investigador de las cosas chinas, barón von Gabelentz. "Los chinos conocen tres expresiones para la costumbre. Li = buena costumbre, decencia, etiqueta y culto religioso es expresado por li (que suena lo

¿De dónde toma su raíz esa rara confusión? Indudablemente tiene que ser de naturaleza obligatoria. ¿Es la alegría del cambio, el encanto de la novedad? Es verdad que el ser humano ama el cambio, que de tanto en tanto tiene que ver y experimentar algo nuevo, si ha de quedar fresco, así como además que ese instinto aumenta con la cultura creciente. El instruído es más inestable, más deseoso de cambios que el no instruído, exige incesantemente nuevo aliciente, nuevas impresiones, si es que la vida no ha de volverse hueca para ellos, y ese rasgo del carácter se manifiesta, como en los individuos, también en los pueblos. Así se podría explicar quizás que el modo nacional de vestir en los no instruídos, ocupa el lugar de la moda en los pueblos cultos. Pero si esto fuese la verdadera razón, tendría que repetirse la moda en todos los pueblos en una cierta etapa de cultura, y sin embargo los romanos, incluso en la etapa más alta de su cultura, no han conocido la moda en nuestro sentido actual. Se ha hablado, es verdad, también entre ellos de una moda (\*), pero en mi opinión indebidamente. Se confunde en ello con la moda la aparición gradual de lo nuevo, el descubrimiento y la imitación de trajes nacionales extraños, de que saben informarnos ciertamente los escritores romanos. No conozco ningún testimonio, que nos mencione los dos rasgos característicos de la misma: la vida efímera y su poder obligatorio para los círculos romanos correspondientes de la sociedad romana. Ninguna matrona romana era forzada, como ocurre en el mundo femenino actual de los círculos cultivados, a seguir la moda: no llamaban la atención en Roma aquellas mujeres que se afirmaban en el modo de vestir tradicional, sino las que lo abandonaban, y el que las primeras pudiesen hacer esto muestra que no había

mismo pero se escribe de modo completamente distinto) y explica la razón, el orden; suk costumbre, más en el sentido de lo vulgar, usual en el país en oposición a lo cuidado, educado; fung propiamente viento = costumbre, pero más en el sentido del espíritu nacional y de la época".

<sup>(\*)</sup> Marquardt, Römische Privataltertümer, segunda sección. Leipzig 1867, pág. 177.

una moda en nuestro sentido; hoy sería imposible. Con esto se concilia completamente que también lo nuevo ejercía en Roma su atracción, que el gusto, el sentido de la belleza y la fuerza inventiva del sexo femenino se manifestaba del modo más fecundo en el adorno y el vestido, y que incluso la manera de vestir tradicional experimentaba toda clase de evoluciones en el curso del tiempo. Pero esto no tiene nada que ver con nuestro sentido actual de la moda.

Para comprender la esencia de la moda actual, no hay que recurrir a motivos de naturaleza individual, según han sido expuestos hasta aquí: placer de cambio, sentido de la belleza, pasión por el acicalamiento, impulso de imitación. Es indudable que estos motivos han ensayado en las épocas más diversas, de la manera más extravagante, la formación del vestido, y en primer término del femenino; han ofrecido a los satíricos de todos los pueblos civilizados siempre el material más rico. Pero la moda en nuestro sentido actual no tiene motivos individuales, sino un motivo social, y en el exacto conocimiento del mismo se basa, según mi opinión, la comprensión de toda su esencia. Es la aspiración de la distinción de las clases sociales superiores con relación a las inferiores o, mejor dicho, a las intermedias; pues las inferiores no entran en consideración, ya que el peligro de una confusión con ellas se excluye por sí mismo. La moda es la barrera levantada incesantemente de nuevo, porque es derribada siempre de nuevo, por medio de la cual el mundo distinguido trata de delimitarse frente a la región intermedia de la sociedad, es la persecución de la vanidad de clase, en la que se repite un solo y mismo fenómeno: la aspiración de una de las partes a adquirir una ventaja aun cuando sea pequeña que la separe de su perseguidor, y que la otra, por la admisión inmediata de la nueva moda, alcanza nuevamente.

Con ello se explican los rasgos característicos de la moda actual. Primeramente su nacimiento en los círculos superiores de la sociedad y su imitación en los intermedios. La moda va de arriba abajo, no de abajo arriba. Los círculos superiores son los que "dan el tono", según se dice. Un intento de las clascs intermedias para producir una nueva moda, no triunfará nunca aun con la ayuda de los motivos estéticos más eficaces, para las clases superiores nada sería más deseable que aquellas tuviesen sus modas propias (\*).

Así también el cambio incesante de la moda. Una vez que las clases intermedias han adoptado la moda nueva, ha perdido así, por el motivo mencionado, su valor para las superiores, como el grito de guerra que se ha hecho conocido para el enemigo, y se requiere por tanto uno nuevo. Por eso es la novedad la condición ineludible de la moda, si debe alcanzar su objetivo. Incluso lo feo y sin gusto encuentra acceso a ese precio, si lo hermoso se agota y ha perdido la ventaja de la novedad. La duración de la vida de la moda se determina en la relación opuesta a la velocidad de su difusión: su carácter efímero se ha acrecentado en nuestro tiempo en la misma medida que han crecido nuestros medios de comunicación perfeccionados. En la época en que no había todavía ferrocarriles que llevan diariamente a millares de las pequeñas poblaciones a las grandes ciudades y las nuevas modas se difunden inmediatamente por todo el mundo en forma de periódicos de modas y modelos, el ritmo de la moda era incomparablemente más lento que actualmente, cuando ha adquirido una velocidad que se comporta con la anterior como el ferrocarril de hoy con la posta de antaño.

Por el motivo social mencionado se explica finalmente el tercer rasgo característico de nuestra moda actual: su tiranía muy censurada, pero voluntariamente tolerada. La moda contiene el criterio externo que responde a la sociedad, según se dice. El que no quiere renun-

<sup>(\*)</sup> Pero lo que al mismo tiempo no impide buscar en la cloaca del demimonde parisién nuevos modelos y producir modas que lleven bien marcado el sello de su origen indecoroso, como Fr. Vischer ha demostrado decisivamente en su ensayo sobre la moda en el norte y en el sur (1788, vol. 4, págs. 365 y sigts.) muy censurado, pero en mi opinión altamente meritorio, por el modo como llama a la cosa por su verdadero nombre.

ciar a él, tiene que acatarla, aun cuando rechace por motivos estéticos o por motivos de conveniencia una nueva configuración recientemente aparecida de la misma. Incluso por el hecho que la moda exige la subordinación de la propia convicción a lo reconocido como erróneo — el sacrificium intellectus en cosas del gusto y de la conveniencia — se explica que el uso del lenguaje llame a su dominio acertadamente "tiranía", y a aquellos que se someten a ella voluntariamente, "esclavos" de la moda; no es una simple dominadora, como es la belleza y la verdad, a la que se somete uno, porque su dominio es justificado y reconocido como tal, sino que es una tirana, cuyo poder se reconoce como injusto, y, sin embargo, se es bastante débil para soportarlo.

Con eso se ha dado el juicio sobre la moda. Compartiendo el poder de la costumbre, superando con mucho el de la moral diversamente, debe el dominio que ejerce, no a motivos socialmente justificados como el de ella, sino a los rasgos no expresados de la vanidad de clase. Si las clases, que son bastante débiles y torpes para imitarla, llegan al sentimiento de su dignidad y respeto de sí, que hace que no quieran representar nada diverso a lo que son, la moda habría terminado, y la belleza podrá ocupar nuevamente su puesto, como lo ha afirmado en todos los pueblos que no conocieron la moda en nuestro sentido actual, o bien porque no sentían la necesidad de acentuar por el vestido las diferencias de clase o, como ocurrió, porque eran bastante razonables para respetarlas.